

Dios la habia dispensado de los preceptos eclesiásticos.

Dióle tambien la mania de predecir milagros, que reformarian las costumbres de gran parte de Europa por medio de un nuevo colegio apostólico, cuyos miembros recorrerian las diversas regiones del globo; y por lo tocante á su persona profetizó que moriria en Roma, seria enterrada en un altar, y al tercer dia se remontaria al cielo ante una multitud de espectadores.

La superstición, parece increíble, se apresuró á tributarla homenajes sacrilegos y á conducirla procesionalmente con velas encendidas, y no faltaron algunos eclesiásticos cuya candidez participó tambien de semejante credulidad popular. Isabel María Herraiz sostuvo su manía y sus pretendidas revelaciones ante el santo tribunal de la inquisición de Cuenca, el cual en 1804 condenó los errores (1) de esta muger, cuyos sueños habian causado en todos aquellos contornos gran sensacion.

No hablaremos ya mas que de una secta que hemos querido reservar para el último lugar, precisamente porque supone un exceso de demencia muy á propósito para probar la debilidad del espíritu humano, cuando sometiendo la Santa Escritura al juicio de su limitada inteligencia, quiere ser su intérprete esclusivo. Los origenistas y los valesianos, tomando á la letra y en el sentido material una palabra de Jesucristo, creian hacer un acto meritorio mutilándose á sí mismos. Despues de estos ejemplos de un frenesí enérgicamente condenado por el concilio de Nicea, causará menos sorpresa saber que en las poblaciones inmediatas á Toula se diseminó una secta ya antigua, que admite y practica la mutilacion (2).

Muchos viajeros, entre otros Mac-Michael

(1) *Diario de Madrid* de 21 de marzo de 1804.
(2) *Gregoire, Hist. de las sectas religiosas*, t. 4, p. 194-195.

y Faure, confunden malamente los mutilados de Rusia con los Raskolnieks (1). John Carr, que en 1804 viajaba por el Norte, cuenta que Catalina II se dió prisa á reprimir este fanatismo; sin embargo, no dice en qué consistieron estas medidas represivas. Unicamente refiere que los iniciados de la secta una vez conocidos quedaban entregados al público desprecio. Alejandro tomó medidas mas eficaces.

A pesar de la severidad de estas medidas, la exaltacion fanática de los sectarios no se amortiguó del todo. Para vencer su obstinacion se intentó en 1818 deportarlos á Siberia, en vista de lo cual cada uno de aquellos insensatos anheló por el martirio. Preciso fué que el gobierno ruso cerrase los ojos sobre una secta, cuya publicidad podia favorecer los progresos, demasiado estendidos ya, particularmente entre los marinos de la escuadra imperial.

Por el análisis que acabamos de presentar, se vé que no hay idea tan loca que no halle acceso en algunas cabezas; observacion que hace sentir tanto mas la necesidad de una autoridad infalible para determinar el sentido de la palabra divina y dirigir la creencia de los fieles.

Pio VII como depositario de esta autoridad no dejó ciertamente de cumplir con su alta mision.

Si resumimos anticipadamente los mas memorables acontecimientos de su pontificado, veremos despues de una existencia oscura, consagrada á la soledad y á la oracion, una elevacion inesperada, obtenida por una eleccion unánime despues de mil debates, á pesar de contrariedades estrangeras, y lejos de la capital en que esta eleccion acostumbraba casi siempre hacerse sin turbulencias y sin disputas; veremos una inauguracion solemne,

(1) Véase *Relacion de un viaje de Moscow á Constantinopla* por Mr. Vill. Mac-Michael; un tomo en 4.º, Londres, 1819.

acompañada de homenajes y bendiciones y que puso fin á una usurpacion ruinosa y á una ocupacion militar opresiva y humillante; un Concordato religioso, que aun subsiste, y firmado entre la Santa Sede y el gobierno consular; un inútil y funesto viaje á Francia; espantosas desavenencias con un emperador, revestido de un formidable poder; el atentado sacrilego que no tardó en cometerse sobre la persona del Gefe de la Iglesia; veremos luego los innumerables testimonios de estimacion y respeto prodigados por todos los principes de Europa, hasta por los mismos que se habian separado del centro de unidad; aquellos aplausos dados por todas partes á una resistencia de héroe que no habia de ceder sino por un cuarto de hora á las solicitaciones reunidas de la debilidad y de algunas ambiciones, para volverse inmediatamente á presentar mas resuelta, mas enérgica y coronada de un arrepentimiento sublime; veremos el glorioso regreso á los Estados de la Iglesia, la Compañía de Jesus restablecida en todo el universo, una circunscripcion eclesiástica mas acomodada al territorio y arreglada á las necesidades del culto, sábiamente solicitada por los ministros de la restauracion; prudentes tratados concluidos en diversas épocas con casi todos los gabinetes de la cristiandad; leyes útiles y duraderas; las ciencias y las artes protegidas; la autoridad restablecida en populosas provincias; y las calamidades del pontificado anterior enteramente borradas; veremos, por último, la mansedumbre, la resignacion y la bondad, hermanadas frecuentemente con una fortaleza heroica, sentadas, por decirlo así, en el trono pontificio por espacio de mas de veinte y tres años (1).

(1) Mr. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 579-581.

paternal, de debilidad humana pasajera; un acto de clemencia y de perdon tras de tantas injusticias sufridas y abusos de poder; esta conservacion en cierto modo milagrosa, debida á los adorables favores del cielo, pueden menos de suministrar bellas páginas á la historia?

Apenas Pio VII puso los pies en Roma, dió pruebas de las escelentes intenciones de que se sentia animado y de lo mucho que deseaba contribuir al bien de la Iglesia y del Estado (1). Presentóse desde el dia primero de su reinado del mismo modo que hasta el fin, sin fausto, lleno de sobriedad, no concediendo nada á sus parientes, ni conociendo favoritismo. Su hermano, el conde Gregorio, que vivia oscuramente en Bolonia, no pudo alcanzar del Pontífice mas que una pension mensual de ciento cincuenta escudos romanos. Uno de sus sobrinos, huérfano, y á quien profesaba mucho afecto, recibió una insignificante cantidad de dinero para comprar algunos bienes raices en Cesena, y habiéndose ajustado su casamiento con una hija del príncipe Barberini, hermana de la princesa de Chigi, el Pontífice negó al jóven esposo el permiso para ir á Roma, y las bodas se celebraron sin ninguna pompa en Spoleto.

Pero mientras Pio VII economizaba tanto los donativos que hacia á su familia, prodigaba sumas enormes para bien del Estado. La titulada república romana habia hecho desaparecer todo el papel-moneda que circulaba por Roma. Y en efecto, ¿cómo hubiera podido sostenerse en un gobierno sin crédito en el que todos los recursos del pais estaban entregados á la avidez de hombres para quienes nada habia sagrado, y que como en todas las revoluciones no tenian mas objeto que fundar su opulencia personal sobre las ruinas de la

(1) Cohen, *Compendio histórico de Pio VII*, p. 101-105.

fortuna pública? Mas este papel habia sido reemplazado por una prodigiosa cantidad de moneda falta de peso, cuyo valor real era casi nulo, y que desde su emision venia sufriendo una pérdida de mas de cincuenta por ciento. Esta operacion habia hecho cundir la miseria y la desolacion en el pueblo, particularmente entre los artesanos, cuyos jornales eran pagados con dicha moneda á la par, con lo cual por su descuento no tenían, ni con mucho, recursos para la subsistencia de sus familias. La primera atencion de Pio VII fué mandar recoger aquella clase de moneda y reemplazarla con otra de buena ley: cuya operacion costó al tesoro público más de millon y medio de escudos romanos, ó sea de duros, pero le valió las bendiciones de los pobres.

No fué este el único objeto de la solicitud del Pontífice. Abusos más antiguos habian llamado su atencion, y con la esperanza de remediarlos nombró una comision compuesta de cardenales, de prelados y de sabios, encargados de proponer un proyecto de reforma para todos los ramos de la administracion. El fruto de sus deliberaciones fué la bula *Post diuturnas* que entre algunos reglamentos sabios y útiles contiene otros que se resenten de la precipitacion con que fueron escritos, pues esta bula fué publicada en 30 de octubre de 1800. Para cómo de desgracia las circunstancias no permitian poner en ejecucion lo que en realidad habia de bueno en estas disposiciones, y así no tardaron en caer en olvido. La bula *Post diuturnas* se compone de varios decretos. El primero en treinta y cinco artículos trata de la *administracion de la economía pública y de sus administradores*. Su principal objeto es remediar los protechos ilícitos de los empleados sobre las rentas y gastos del Estado, y contiene además la supresion de varios empleos inútiles. El segundo decreto se intitula: *De la jurisdiccion de los tribunales civiles, de los jueces y de sus ministros*, y consta de cuarenta y ocho artícu-

los. Los primeros anulan diversos privilegios y arreglan los únicos casos que caen bajo la jurisdiccion de ciertos tribunales privilegiados: los otros fijan las atribuciones de los diferentes tribunales ordinarios, dan reglamentos para su régimen interior, e indican las formas indispensables que se han de observar en un gran número de casos, en que estas formas, precedentemente olvidadas, causaban mucho perjuicio á los ciudadanos, facilitando las sorpresas y los abusos. Por el art. 43 se previene á los abogados la mayor circunspeccion tanto en la defensa de pleitos como en sus Memorias, á fin de que nada de indecoroso ó atentatorio resulte contra la reputacion de los particulares ó el reposo público, vista la imposibilidad de sujetar estas memorias judiciales á la censura. Un tercer decreto tiene por título: *De la jurisdiccion de los tribunales y jueces criminales, de la forma y orden de las sentencias, y de los empleados en dichos tribunales*. Viene á ser una especie de código de procedimientos criminales, al cual van unidos reglamentos sobre las funciones y honorarios de los individuos de las salas; consta de sesenta y un artículos. Finalmente, el cuarto y último decreto, que no consta más de ocho artículos contiene algunas disposiciones generales.

A todo esto Bonaparte, que por la batalla de Marengo en 14 de junio de 1800 se habia hecho dueño del norte de Italia, habia anunciado por medio del cardenal Martiniana, obispo de Verceil, intenciones de tratar con el Papa para el restablecimiento de la Religion en Francia. La Religion era para él una palanca que empleaba cuando su fuerza personal no bastaba para alcanzar el objeto á que aspiraba, sin perjuicio de no hacer caso de ella cuando creyera no serle necesaria. Siendo primer consul, pero ambicionando un poder más augusta, conoció que podia sacar inapreciables beneficios presentándose, en medio del pueblo que iba á gobernar, como restaurador de una antigua y

santa Religion que se conservaba aun en el corazon de la mayor parte de los franceses. Animado por la esperanza de dar fin á las turbulencias de la Iglesia, y volver á traer al gremio de la unidad á un vasto país, mas bien que dominado por su posicion que le ponía á merced del conquistador, Pio VII respondió, por medio del obispo de Verceil, que se prestaría gustoso á una negociacion, cuyo objeto era tan respetable, tan conveniente á su ministerio apostólico, y tan conforme con las intenciones de su corazon. Y á fin de que las negociaciones se prosiguieran en Roma por un individuo del Sacro Colegio, Consalvi recibió el 10 de agosto el capelo. Espina, arzobispo de Corinto, el mismo que habia cerrado los ojos á Pio VI, fué acreditado para el mismo objeto en Paris. Un breve de 13 de setiembre anunció las esperanzas del Romano Pontífice á todos los obispos franceses, y en marzo de 1801 el primer consul envió á Roma, como ministro plenipotenciario, al breton Cacault, encargándole tratara con el Pontífice como si este tuviera doscientos mil hombres.

En el mismo mes la Compañía de Jesus, que habia sucumbido bajo los esfuerzos de los jansenistas y filósofos, y que concentrándose desde entonces en Rusia estendia sus ramas á muchas provincias de aquel vasto imperio, recibió de Pio VII un testimonio tanto más precioso, cuanto que al parecer era presagio de más altos favores. Dos asociaciones, la una formada en Alemania, y la otra nacida en Italia, preludiaban por otra parte la resurreccion de esta célebre sociedad. Sobre este particular entraremos en algunos detalles.

La estincion de la Compañía de Jesus, en la cual no consintió Roma sino muy á pesar suyo, habia sido muy sentida en Francia por los amigos de la Religion (1); y la revolucion

acabó de poner en relieve la imprudencia de tal medida que habia quitado uno de sus más robustos apoyos al santuario. Llenos de estas ideas algunos jóvenes eclesiásticos, á quienes los primeros desastres revolucionarios habian hecho huir á Bélgica (entre otros el abate Carlos de Broglie, hijo del mariscal, y el abate de Tournely, de la diócesis de Mans), concibieron el proyecto de restablecer una Compañía que tantos servicios habia prestado á la Religion y á las letras. Por consejo del abate Pey, eclesiástico tan piadoso como sabio, no tomaron el nombre de jesuitas, en atencion á que este instituto se hallaba ya abolido por la Santa Sede, sino el del *Sagrado Corazon*. El abate de Tournely fué el superior de la congregacion á la que se incorporaron un hermano del superior, llamado Javier Tournely, y Juan Leblanc, de Normandía, que habia hecho la campaña de 1792 con los príncipes. Dióse principio á esta piadosa obra en febrero de 1794, en una casa de campo que un banquero de Lovaina facilitó para el objeto. En tanto que los asociados se iban penetrando más y más del espíritu de San Ignacio, para hacer revivir el instituto en su forma primitiva y volver de este modo á dar á la Iglesia uno de sus más poderosos medios de accion, la batalla de Fleurus (26 de junio de 1794), decidió de la suerte de la Bélgica, y los franceses entraron en ella por todas partes. Los asociados se retiraron á Venloo, donde encontraron al abate Pey, y se les agregó un joven oficial emigrado, llamado José. Creyendo el abate Pey que en Alemania hallarian más seguro asilo, los dirigió al abate Beck, vicario general del elector de Tréveris, que se encontraba en Augsburgo. Este les facilitó habitacion en una casa de campo del canónigo Binder en Leuterhofen, á una legua de la ciudad. Allí volvieron á proseguir sus estudios y oraciones, y recibieron sucesivamente muchos asociados. El 15 de octubre, día de Santa

(1) *Hist. de las órdenes religiosas*, 2.^a edic. t. 2, p. 142-151.

Teresa, hicieron en número de nueve los votos simples en la iglesia de San Ulrico en Augsburgo. Los antiguos jesuitas de esta ciudad les demostraban mucho interés, y hasta el mismo P. Rauscher, uno de ellos, que partió en 1795 para volver á tomar en Polosk el hábito de San Ignacio, les había prometido solicitar su admisión en la Compañía; mas el P. Lankiewicz, que entonces era vicario general, no tuvo por conveniente admitir por entonces á unos extranjeros que no sabían el idioma. Algunos de ellos recibieron las órdenes en Augsburgo, y se prepararon á ejercer el ministerio cuando fuesen llamados. Al ocurrir el fallecimiento del canónigo Binder (agosto de 1795), el elector les recogió en su quinta de Goggingen, y á principios del 1796 se componía la congregación de diez sacerdotes y cinco estudiantes. Habían hecho voto de ir á echarse á los pies del Papa para ponerse á su disposición; tres de ellos partieron para cumplir esta promesa á fines de marzo: mas no habiendo podido pasar por la invasión del Piamonte y de la Lombardia, regresaron á Augsburgo. La aproximación del ejército francés les hizo partir de Goggingen á Passaw, y de aquí á Neudrof, cerca de Viena (setiembre de 1796). La alta protección dispensada á solo el nombre de Broglie, les aseguró alojamiento en aquella capital, en el convento de los Grandes Agustinos del arrabal de Landetrass. El cardenal Migazzi, arzobispo de Viena, y por mediación de la princesa Luisa de Condé, la archiduquesa Mariana, hermana de Francisco II que residía en Praga, dispensaron su protección á los asociados. Pero los azares de la guerra les perseguían: Viena fué sitiada en abril de 1797, y tuvieron que salir de allí para refugiarse á Hagenbrunn, donde un protector les había facilitado asilo. Allí murió el abate Tournely, en cuyo lugar fué elegido José: la muerte le sorprendió, cuando queriendo rogar al Sumo Pontífice se sirviera decretar sobre el estado de la Congregación, so-

licitaba de los obispos emigrados franceses un acto en su favor, que luego fué autorizado con veinte y cinco firmas. Presentándose nuevos individuos para entrar en la sociedad, se alcanzó la autorización de formar un segundo establecimiento, que se colocó en Praga: no tardó este noviciado en contar con doce personas y la archiduquesa Mariana sufragó los gastos. En el establecimiento de Hagembrunn se contaban veinte y cinco Padres, ó novicios, ó hermanos. En él se dedicaban al estudio del alemán para ponerse en estado de ejercer el ministerio: principiósse estableciendo un colegio y poco á poco se fueron instituyendo estudios regulares, pudiendo abrirse el curso á fines de 1798. Entonces fué cuando por mediación del nuncio de Viena se manifestó al Papa el plan que se habían propuesto de seguir el Instituto de San Ignacio bajo el nombre de *Sociedad del Sagrado Corazon*, y dieron cuenta del estado de la Congregación. Pio VI les alentó á perseverar en su propósito, y les mandó obedecer al cardenal Migazzi. Algún tiempo despues hizo saber á este cardenal que otra Congregación de la misma especie se había formado en Spoleto con el nombre de *Sociedad de la fé de Jesus*; que había concedido algunas gracias espirituales á sus individuos, y que deseaba que dirigiéndose ambas sociedades á un mismo fin, se reunieran. Pio VI había manifestado los mismos deseos á Nicolás Paccanari, clérigo tonsurado de la diócesis de Trento, y superior de la sociedad de la Fé, haciéndole que pasara á Viena para verificar dicha reunion. Paccanari llegó á esta ciudad en abril de 1799.

Hé aquí lo que dió ocasion á la fundación de su Congregación en Roma el año precedente. Paccanari, nacido de una familia honrada, pero poco favorecida de bienes de fortuna, del valle de Susana, en las inmediaciones de Trento, había sido educado cristianamente, mas sin estudios. Por de pronto se dedicó al comer-

cio; luego fué militar y sirvió en clase de sargento en la guarnicion del castillo de Saint-Angelo: en seguida volvió á ocuparse en el comercio; mas habiendo sido engañado por un socio, se vió reducido á ganar el sustento enseñando curiosidades por las poblaciones. Habiendo vuelto á Roma frecuentó el oratorio del P. Caravita, de la Compañía de Jesus, que había establecido una reunion de socios ó congregantes, tomados de las diversas clases de la sociedad, y que siempre se había distinguido por su número y fervor aun despues de la supresion de la Compañía. Algunos cofrades, por imitar el celo de los jesuitas en sus misiones, se propusieron catequizar é instruir á los aldeanos: reuníanse frecuentemente para deliberar acerca de su proyecto, y por último se les ocurrió restablecer á los jesuitas bajo otro nombre. Paccanari, que era un lego piadoso como ellos, se creyó llamado á hacer revivir la Compañía de San Ignacio bajo el nombre de Sociedad de la Fé de Jesus. Sus talentos naturales, su penetracion y facilidad de espresarse en su idioma, suplía su falta de instruccion. Comunicó el plan á sus amigos; juntáronse con él algunos sacerdotes y reconocieron por superior á Paccanari. Este, dotado de una memoria feliz, activo y emprendedor, no era acaso inaccesible á ideas de ambicion, ni estaba tampoco preparado de antemano con los ejercicios de la vida interior y práctica de las comunidades: veíase en él una solicitud algo inquieta por lo temporal y demasiada inclinacion á seguir las ilusiones de su fantasia: quizás le deslumbró tambien el papel á que repentinamente se vió llamado; pero de todos modos sus primeras intenciones fueron puras. Hizo un viaje á Loreto á implorar la protección de la Santísima Virgen, y pasó tambien á Asís á consultar á un venerable general de franciscanos, antes de dar la última mano á su empresa. Habiendo regresado á Roma, volvió á salir á fines de 1798 con doce asociados en traje de jesuita para ir á una

casa de campo cerca Spoleto, que un piadoso caballero había puesto á su disposición. Allí Paccanari estableció la regla del noviciado de los jesuitas y se ligaron por los tres votos simples de la Compañía de Jesus. Paccanari se aprovechó de su estancia en Spoleto para ir á visitar al Papa que entonces habitaba en la Cartuja cerca de Florencia: este Pontífice les concedió muchas gracias espirituales y les recomendó los alumnos de la Propaganda espulsados de su colegio por los revolucionarios. Esto es lo que obligó á Paccanari á volver á Roma en 1799. Pero el gobierno republicano tuvo recelo de su conducta, y formó un proceso contra él y sus compañeros que habían sido arrestados y estaban detenidos con él en el castillo de Sant-Angelo. Esta persecucion aumentó la órden lejos de disminuirla, y á los tres votos ordinarios añadieron otro que era el de una entera sumision del entendimiento á las decisiones pontificias. Habiendo recobrado su libertad á condicion de dejar el territorio de la república romana, salieron, llevándose algunos discípulos de la Propaganda: la mayor parte de estos pasaron al ducado de Parma, á donde eran llamados por los antiguos jesuitas. Paccanari pasó por Florencia: Pio VI encargó á su compañía algunas misiones de Africa, le habló de la carta que había recibido de Hagembrunn y le dijo que pasara á Viena para trabajar en la reunion de ambas sociedades. La de Paccanari, que no contaba mas que con tres sacerdotes y veinte personas en todo, ganaba en esta fusion: por otra parte, este era un nuevo medio para conseguir el restablecimiento de los jesuitas; así es que obedeció con mucho gusto. Pasó por de pronto á Venecia, luego á Pádua, á donde hizo venir de Praga á los compañeros que allí había dejado, que ya eran mirados con desconfianza por los jesuitas, creyendo por el cuarto voto de que hemos hablado, que Paccanari tenía la pretension de reformar el ins-

título y hacerse jefe de esta reforma. Sin embargo, la desconfianza de los antiguos jesuitas no había aun estallado cuando llegó á Viena.

En vista de la orden del Papa, comunicada por el cardenal Migazzi y por el nuncio, la sociedad del Sagrado Corazon le reconoció por jefe, dejó su nombre y se confundió con la *Compañía de la Fé*: los profesos renovaron sus votos en manos de Paccanari el 18 de abril de 1799, y le prometieron obediencia. Este, á invitacion de la archiduquesa Mariana, pasó á Praga. La princesa y las damas de su servidumbre se ligaron con votos simples y se pusieron bajo la obediencia del general de la *Compañía de la Fé*; lo cual pasó como otra innovacion á los ojos de los antiguos jesuitas. Al regresar de Praga, Paccanari recibió de manos del nuncio en Viena, las órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado. Por lo demás, promovía los estudios en Hagenbrunn, enviaba súbditos á formar una casa en Dillingen en el obispado de Augsburgo, y establecía en Cremona un noviciado, que al acercarse el ejército francés, en julio de 1800, fué trasladado á Este. Los asociados que permanecieron en Italia visitaban los hospitales militares austriacos. En 1800 el colegio de Hagenbrunn envió dos colonias á Francia é Inglaterra. En Londres, muchos eclesiásticos franceses se agregaron á la sociedad, y se estableció un colegio en Francia. Los individuos de la sociedad eran ya sesenta ú ochenta, cuando el gobierno les mandó separarse primero en 1804, y luego se lo reiteró de un modo mas formal en 1807. La sociedad hizo en Holanda los mismos progresos que en Francia é Inglaterra; pero el estado de cosas fué menos favorable en Austria: el colegio de Hagenbrunn se dispersó, y de allí á poco sucedió lo mismo con la casa de Praga, por haberse marchado la archiduquesa Mariana que era quien la sostenía. Antes de esta dispersion Paccanari había vuelto á Italia, despues de haber perdido el favor

del nuncio de Viena, que no quiso conferirle el sacerdocio. A fines de 1799 volvió á Pádua y la archiduquesa se fijó tambien en este punto. Aquí fué donde Paccanari fué ordenado de sacerdote á principios de 1800 por el obispo de Cremona, en virtud de poderes conferidos por Pio VI á la sociedad de la Fé; pero ni el nuevo Papa Pio VII, á pesar de las instancias de la princesa Mariana, ni los obispos de Verona y Vicenza le dispensaban mucho favor. Estos últimos no trataban á los PP. mas que como una reunion de sacerdotes seculares, y si no hubiesen estado fuera de la jurisdiccion del obispo de Vicenza, como agregados al ejército austriaco, este prelado les hubiera mandado quitar el traje de jesuitas. A fines de 1800 la archiduquesa fué á Roma con varias jóvenes que se habian consagrado á Dios en la nueva sociedad. Paccanari la acompañó; y gracias á las liberalidades de esta señora, los PP. de la Fé pudieron establecerse en número de treinta en la casa de San Silvestre en el Monte-Cavallo. Allí siguieron practicando la regla de san Ignacio; pero Paccanari mostraba cada dia menos prisa para reunirse á los jesuitas, cuyo hábito le habia mandado ya el Pontífice que se quitara. Esta poca armonía resaltó con mas claridad cuando apareció el breve de 7 de marzo de 1804, que restablecía los jesuitas en Rusia.

El Romano Pontífice, desembarazado de las trabas que habian detenido á su predecesor, derogaba con este breve el breve de Clemente XIV; restablecía para toda la Rusia la *Compañía de Jesus* en los derechos de que gozaba antes de su estincion, y nombraba por gefe de la orden á Francisco Karen, delegado de la Santa Sede.

Paccanari hubiera consentido en 1802 en una reunion de cuerpo á cuerpo; pero los PP. de Rusia no querian mas que la admision sucesiva de los particulares. La *Compañía de la Fé* sufrió con este motivo numerosas desercio-

nes (1). En 1803 los individuos del colegio de Londres, algunos asociados de Holanda y Alemania, y en 1804 los PP. de la Fé en Francia, y los de Sion en el Valesado, pasaron á Rusia, ó bien renunciando á la obediencia de Paccanari prosiguieron sus trabajos bajo la autoridad de los ordinarios.

Aquel mismo Fernando, que en 1767 siendo aun demasiado jóven para obrar por sí mismo habia espulsado á los jesuitas, y apoderándose de sus bienes, habiendo luego aprendido á costa suya á conocer sus verdaderos intereses, volvió á llamar á los religiosos que habia espulsado, y les ofreció devolverles los bienes que no hubieran sido vendidos (2). Pio VII accedió muy gustoso á esta peticion, y por un breve de 31 de julio de 1804, dirigido al P. Gruber, superior de la congregacion en Rusia, y sucesor del P. Karen, permitió á todos los súbditos del rey de Nápoles que quisieran entrar en la orden, ejecutarlo y practicar la regla de San Ignacio, predicar y confesar con la aprobacion del ordinario, y educar la juventud en los colegios y seminarios. Este breve, publicado en Nápoles el 2 de agosto, fué recibido con una satisfaccion general. Muchos sugetos pidieron en el acto ser admitidos en la orden. Los particulares mas ricos se apresuraron á contribuir juntamente con el soberano á los gastos del establecimiento. En poco tiempo se formaron en solo Nápoles tres establecimientos de jesuitas, y el ardor con que tanto la gente de esta ciudad como la restante del reino los acogia, contrastaba notablemente con la aspereza con que cuarenta años antes habian sido tratados.

El breve de 31 de julio de 1804 fué la señal de una nueva desercion entre los Pac-

canaristas. Al mismo tiempo Pio VII intimó á los sacerdotes de San Silvestre, á quienes toleraba por consideracion á la archiduquesa, la orden de dejar el hábito de San Ignacio. Paccanari fué encansado y condenado á encierro perpétuo; finalmente, cuando fué puesto en libertad por la segunda invasion de los franceses en Roma, no quisieron tener relaciones con él sus mismos compañeros, que se habian quedado en posesion de la casa de San Silvestre. La marcha de la archiduquesa en 1810 privó á la *Compañía de la Fé* de su único apoyo, y en 1814 solicitaron sus últimos individuos ser admitidos en los jesuitas.

Al renacer de sus cenizas la *Compañía de Jesus*, formábase en Francia un nuevo instituto. Enriqueta Aymer de la Chevalerie, nacida en Poitou el 27 de agosto de 1767, era quien daba impulso á la nueva obra. Su familia la habia conseguido el título de canonesa de la orden de Malta á los once años de edad, y Dios, condecorándola de este modo desde su infancia, presagiaba la energía de su carácter y el heroísmo de su fé (1). En 1794 Enriqueta fué encarcelada con su madre por haber dado asilo á un sacerdote, y no obtuvo libertad hasta pasada la época del terror, saliendo con el firme propósito de no vivir sino para Dios. Las buenas obras habian reunido durante los peores dias de la revolucion un gran número de mujeres cristianas en Poitiers por medio de una afiliacion, que conservaba á cada cual su posicion en el mundo: en mayo de 1795 Enriqueta entró en esta sociedad, que fué para ella como un sendero hácia el objeto que Dios la hacia entrever. Entre las señoras asociadas habia algunas, que por estar mas libres que las otras de ocupaciones

(1) *Hist. de las órdenes religiosas*, 2 edic., tomo 2, p. 151.

(2) *Mem. para la Hist. Ecles. durante el siglo XVIII*, t. 3, p. 388-389.

(1) Mr. Augustin Codrin, *Noticia sobre madama Enriqueta Aymer de la Chevalerie, fundadora de las señoras de los Sagrados Corazones de Jesus y Maria y de la adoracion perpétua del Santisimo Sacramento.*